

ACUCHILLARSE POR UN VERSO

Nuestra sociedad de ahora se siente muy orgullosa de muchas cosas. Ya somos “europeos genuinos”, profundamente capitalistas, amigos domesticados de los yanquis; nuestros soldados, hombres y mujeres, andan por ahí ocupando y restringiendo la libertad en países previamente demonizados con mentiras, contribuyendo a su expolio; los bancos y empresas españolas actúan en contra de los países de nuestros propios descendientes, haciéndolos más pobres, miserables y esclavos, etc, etc.

Al mismo tiempo, nuestras gentes sienten lástima, cuando no profundo desprecio, por aquellos españoles analfabetos y aislados de los europeos de pro – franceses, ingleses y otros “herejes”- de por allá por el siglo XVII, cuando aquello de la Armada y las letras doradas de nuestros antepasados.

Era la España de la idea. Equivocada o no, pero idea. Resulta, sin embargo, difícil no convenir que en lo que se refiere a producción artística y cultural así como en cuanto a la dignidad, aquellos españoles nos daban sopas con ondas, claramente. Es verdad que había muchos más analfabetos, pero la proporción de los que habían leído o “escuchado” palabra por palabra el Quijote era entonces incomparablemente mayor. Y también el gusto que recibían con las extraordinarias aventuras y opiniones de Quijano. Vamos que aquellos habitantes de la patria sabían distinguir, apreciar y disfrutar la calidad un rato más que nosotros, aficionados a los bestsellers con estilo periodístico.

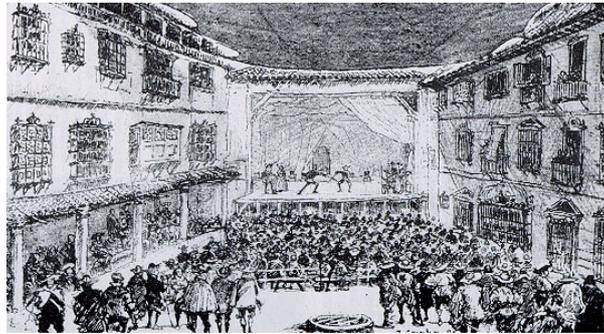
Nuestros genios – muchos y de la más alta catadura- nacían, vivían (bastante bien) y morían en España con el orgullo y el reconocimiento de sus compatriotas. Los más recientes de nuestros siglos, muchos menos, en general de pelaje más restringido y dignidad más tibia, o los hemos asesinado simplemente o se tuvieron que marchar a engrandecer otros países menos creativos. Si el caldo de cultivo cultural y sus frutos constituyen una medida conveniente y justa para valorar el prestigio y respetabilidad de un pueblo, no cabe duda de que no deberíamos sentirnos tan orgullosos de nuestro tiempo y menos comparándolo con la España del Siglo de Oro, por muchos analfabetos que entonces hubiera.

No quiero detenerme en pormenorizar las razones y numerosos ejemplos que ponen claramente de manifiesto la muy evidente superioridad cultural, artística y espiritual de aquellos españoles ilustres. Porque lo que en realidad interesa es el pueblo llano, aquél pueblo que tanto vilipendiamos ahora por su “incultura”, fe religiosa, dignidad y valentía. Y mantengo que,

en verdad, yo me siento mucho más orgulloso de aquellos españoles, pícaros y pendencieros, que de mis contemporáneos, timoratos y trepas.

Entonces no éramos amigos naturales de los que habían demostrado ser nuestros enemigos acérrimos ni enemigos jurados de nuestros descendientes países, simplemente porque nos lo mandan otros o interesa a capitalistas sin escrúpulos, y realizábamos la más profunda crítica social y política de la que hemos sido capaces a lo largo de los siglos.

Tampoco quiero extenderme en esto sino simplemente acabar este comentario con un ejemplo que creo pone de manifiesto de forma prístina lo que quiero decir. En aquellos años increíbles la gente- sí, sí, aquellos analfabetos pícaros y bravucones, eran capaces de acuchillarse a la salida de las representaciones multitudinarias de los patios de comedia por la interpretación o acierto métrico de un verso de Lope o Calderón.



Ni me atrevo a pensar en lo que sienten y suelen decir o hacer los mucho más burgueses espectadores – el pueblo llano de la juventud ni lo cata – a la salida de los lujosos teatros de hoy en día, pero tendremos que convenir



que sus conversaciones son mucho menos cultas, apasionadas e inteligentes. Eso por no citar nuestro alto nivel de incompreensión de los

versos y de las obras maestras las cuales, en realidad, provocan muchas veces un sueño beatífico y reparador en los espectadores de esta transición inacabable.